

CUENTOS Y REALIDADES, ESTAMPAS - 2

DE LO QUE HAY  
Y PASA POR ALLÍ - BEZAS

Nº 18



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

---

## Cuentos y realidades, estampas - 2. De lo que hay y pasa por allí - Bezas.

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Los Callejones, Bezas.*

*Singular y bello peñasco, Rodeno de Bezas, entre áridos arenales que fueron feraces bancales de cultivo. No es la Isla de Pascua, las estatuas "moais". Tampoco confundáis con el perfil de la gran Esfinge, ni simple egipcio o ilustre faraón; ni celtas ni moriscos que por allí anduvieron. Pudiera compararse el perfil del tío Juan, del tío Pedro, del tío José, del tío Esteban, etc., en posición contemplativa hacia el cercano cementerio de Bezas, con la gorra calada hasta los ojos, donde tanta familia yace en merecido reposo.*

Foto: Julián Sánchez, verano 1996,

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Julio 2012

---

## El tío Pedorretas

Del tío «Pedorretas», a quien tan bien cuadraba el apodo, que él se había ganado a pulso, se sabía casi todo. Descendiente por rama directa materna de los «Pelarranas», rama ya extinguida con él, que cedió paso a la nueva y cortísima familia de los «Pedorretas», acepción y apelativo dados por allí, que significa precisamente, la definición y no por excepción, según el diccionario de la Real Academia, del sonido imitación de esa innegable necesidad biológica; si bien la palabreja en sí no caía mal, puesto que en el argot cotidiano, “hacer pedorretas” para las gentes significa un sin fin de usos y definiciones, derivados siempre eso sí, de la tendencia del sujeto, por activo o por pasivo.

Pero que hacer pedorretas, en suma, por sus connotaciones tan variadas en la ingenuidad propia y tan agradable del individuo, resulta una palabra, cuando menos, por eminentemente doméstica y familiar, introducida sin ningún atisbo de maleficio o demérito en el seno de la más puritana familia, un tanto simpática y habitual.

Pero del tío Casto se decían muchas cosas. Hoy en día, del tío Casto se diría que era un cachondo mental, y no solamente un cachondo mental, sino un cachondo por activo. Y tendrían razón quienes así pensaran de él.

Y es que esto de cachondo mental tan al uso, capaz entonces de ruborizar y teñir de color grana a quien le hubiese sido asignada semejante oración gramatical, analizando los comportamientos habituales del tío Casto, sutil en su sabia ingenuidad y hasta un poco cretinesco; singular hombrecillo de especial humor siempre a punto, que allí no dejaba títere con cabeza; siempre jorobando la marrana, creo que le caía bien y hasta que a él le gustaba, o al menos no se sentía muy incómodo con ese traje. A fin de cuentas él mismo lo eligió, con su habitual comportamiento, su habitual jocosidad.

«Pelarranas» era ya un mote pasado a la historia por agotamiento biológico y por azares un tanto caprichosos.

Nunca le gustó el mote de Pelarranas, ni sabía siquiera de donde le venía, pues él no recordaba que alguno de sus antecesores Pelarranas, se dedicase precisamente a despellejar batracios. Sí, es cierto que ellos tenían tierras en La Laguna y cerca corral para el ganado; y era cierto que en el pueblo, de siempre se solía coger ranas en La Laguna y se comían sus ancas bien fritas y crujientes, o asadas los mismos pastores o labradores. Sin embargo solamente su familia había cargado con el santo. Claro, se contestaba él mismo, a uno le tiene que tocar.

Bueno, el caso es que el tío Casto, se sentía más cómodo y a gusto con el mote actual. Si tenían que llamarle con el mote, que de eso nadie se escapaba en el pueblo; si no había más remedio, que también a él le gustaba llamar por el mote más que por el nombre, pues prefería el que más se identificase con él mismo. En eso eran sabios en el pueblo, pero, ya, ya, había cada motecico...!

Lo malo o lo bueno del tío Casto, no se sabe bien, era sin duda alguna su extraordinaria facilidad para dejar desarmado al contrario, no importa que fuese mucho más listo que él, porque él era más «estuto». Después de gastar la habitual broma, la pasada de turno, nada grave claro está, porque a él no gustaba hacer mal; después de todo y cuando con frecuencia se enzarzaba y parece que iban a llegar a las manos, era frecuente que su contrincante terminara riendo, si no en su propia cara sí al menos cuando le daba la espalda. Y el tío Casto lo sabía, claro que lo sabía el muy tuno. Cejijunto y taciturno, como si acabara de salir de una grave situación, miraba al contrario haciendo visera con las manos encima de los ojos, para ver mejor como se amofletaban sus carrillos para no estallar en una sonora carcajada.

—Mira Casto —le decía aquel vecino con quien tanto solía discutir, porque jamás estaban de acuerdo—, eres algo cochino y yo no te atizaré nunca porque no quiero mancharme. Y dejaba solo al tío «Pedorretas». Y era entonces cuando nuestro tío Casto apretaba los labios y sonreía para dentro con gran deleite y felicidad.

Y eso que con él no había forma de reñir abiertamente, pero tampoco era fácil llegar a acuerdos, claro está, tratándose de asuntos de trapicheo cotidiano entre amigos y vecinos; porque en remediar penas ajenas, todo hay que decirlo, nadie podía hablar mal, era bueno y solidario.

Gustaba a nuestro hombre comenzar sus charlas a modo de amena y fervorosa jaculatoria, que preconizaba invariablemente un parlamento ameno, serio, donde tendría que haber comprensión mutua; pero rara vez la había y a veces terminaban serios, coléricos; que aquello parecía la antesala de los palos.

\* \* \*

Pero no, no, jamás llegó a ocurrir nada. No era tonto el tío Casto, por aquellas cosas que él hacía no merecía la pena, decían sus vecinos.



*Dibujo de los Hermanos Albarada, 1942*

¿Que lo que hacía nuestro hombre era un puro abuso de sus facultades? Pues sí, puede que así fuese, pero como la cosa tenía cierto encanto, lo mejor era largarse de su lado, dejarlo solo cuando se ponía así, porque él desde luego no lo haría, antes de que las cosas fuesen a más o antes de estallar en sus propias narices con una sonora carcajada, producto sin duda de la gracia o el chiste del momento.

No no. No había hecho grandes cosas en su vida el tío Casto, menudo guaja<sup>1</sup> había sido siempre.

La pobre tía Emerenciana, aquella bendita que tenía por mujer, la última de los «Cesteros» que quedaba ya en el pueblo, –otro Cestero vivía en Rubiales– no es que precisamente fuese una santa. Lo de bendita le venía por lo mucho que tuvo y supo mediar siempre para que el tío Casto no se desmandase demasiado y permaneciese dentro del redil, que, ¡ya, ya!, algún disgusto sí que le dio. Y claro, como no tuvieron hijos..., ciertas cosas había que dejarlas pasar.

En el carasol durante el invierno, con las mujeres y otros desocupados como él, haciendo cuerda de esparto casi siempre. Cuando el sol picaba lo suyo, el tío «Pedorretas» parece que revivía y entonces daba rienda suelta a las ideas y a la lengua, se sentía más procaz y dicharachero. Dale que te pego, una y otra vez daba repaso a las historias mil veces contadas, se metía poco a poco hasta que alguien le tenía que decir.

—¡Ay Casto, que te veo venir..., para el carro que hay ropa tendida!.

\* \* \*

Y es que el tío Casto había sido siempre así, tuvo de joven y ahora de viejo no se resistía a actuar por pasivo; él decía que era su propia honrilla la que defendía, genio y figura.

---

1. Guaja, palabreja muy usada en Bezas. Se decía, “menudo guaja que estás hecho”, refiriéndose a la persona un tanto burlona y no muy de fiar en el trato cotidiano, en sus actuaciones o comportamiento con el prójimo.

Amigo de la conseja, en el carasol, a la sombra de la vieja acacia, en los huertos, mucho estaba entre mujeres, que eran las más asiduas y entre los muchachos, que los ojos se le iban tras de ellos. Los otros abuelos zopitontos no hacían muy buenas migas con él y él no hacía más que soportarlos.

La verdad es que lo pasaba bien con aquellos jodidos de muchachos, revoltosos y malos como un dolor de tripas, como a él le gustaban; que le hacían rabiar todo lo que podían; que le escondían la gorra y le querían quitar el garrote, y hasta una vez se le mearon, a los que él solía burlar muchas veces con sus mil artes aprendidas a lo largo de su perra vida, de apurar la vida desde que era un simple mocarras, decía él.

Como catedrales del arte genuinamente lugareño y encantador, donde transcurren placenteros momentos de la vida. Donde tantas y tantas tretas inventara, ese carasol vivificante del invierno bien resguardado del gélido cierzo, la sombra reparadora y reconfortante de la acacia en los calurosos veranos, donde una y otra vez, el tío Casto y tantos otros, cerrando ojos para fijar aquellas lejanísimas imágenes, cuando estaba solo, deshacían el camino andando en la vida.

La piedra de turno o el poyo relucientes de tanto sentarse. Asiento filosofal donde el tío Casto vertía la sabrosa envidia de su ya longeva y bien llevada vitalidad, primorosamente jalonada de hechos que marcaron su camino, su propia personalidad.

\* \* \*

Allí es donde tuvo más largas y jocosas experiencias con vecinos, con muchachos, sobrinos-nietos, sobre todo, que le querían mucho y a los que él adoraba. Por eso les hacía tanto rabiar. Era superior a sus buenos deseos, a sus fuerzas, no podía evitarlo; él tenía que estar siempre haciendo de las suyas, así se sentía más feliz.



—Mira majo, sácame el moquero de aquí, —les decía, apoyando sus manos enlazadas sobre el garrote, ladeando las posaderas— que tengo que sonarme.

Y el chico diligente, en su encantadora ingenuidad, intentaba sacar el moquero de debajo del culo del tío Casto y ¡zas!, éste que se tiraba un gordo pedo.

El efecto siempre era el mismo, la velocidad instintiva con que el muchacho ya fuera pequeño o grande, retiraba su inocente mano. Como si se hubiese tratado de algo más, una descarga eléctrica o la caricia de un agujón oculto.

Claro que estas reacciones del chico dependían también de su grado de amistad o parentesco con el autor de la broma, de su edad, de su capacidad para encajarla.

Al pequeñajo que apenas sabía andar no era extraño que le hiciese gracia, que riera la broma aunque sin comprenderla bien y con cara graciosa le pidiera otro; o que se quedara mirándole y estallara en llanto desolador. Otros se enfadaban, se irritaban, hasta le querían pegar y le llamaban en sus propias narices con la mayor saña imaginable, «Pedorretas» y aquí sí la gozaba el tío Casto de lo lindo. Otros se ponían colorados como tomates, le miraban mohínos y avergonzados como si hubiesen cometido ellos la falta y emprendían rápida huida; y aquí el tío Casto sí que sacaba enseguida sus buenos sentimientos, la bondad de su buen corazón, o a veces también por miedo al rapapolvo de la madre del crío.

—No majo no. Mecachis, cagüen... Mira, ven, toma una cuca. Y se buscaba en los bolsillos donde siempre llevaba algo, una nuez, una bellota, recurso que tantos llantos acallaba.

Pero esto no lo hizo solamente con los muchachos. También sorprendió a algún mayor; pero claro, el truco le duró poco.

Luego faltó la Emerenciana, en un día de aquel invierno tan duro, y ya el tío Casto, solo en casa, comenzó a declinar en su humor, a apagarse



poco a poco, y se le quitaron todas aquellas ganas de salir al carasol, de hacer reír y rabiarse.

Empezó a darse cuenta de que ya casi estaba viviendo de prestado, de propina, como él decía. Estaba verdaderamente solo, fue arrinconando los recuerdos, se olvidó de ellos. Ya no le quedaron ganas ni fuerzas para terminar la cuerda que había comenzado.

Y la casa se le hizo grande, grande, como él decía, que jamás había reparado en ello, que no le daba tiempo a recorrerla. Y notó que le faltaban las fuerzas. Pronto me iré, es lo último que dijo.

\* \* \*

La noticia dio la vuelta al pueblo veloz.

Se lo encontró la vecina que lo cuidaba, bien entrado el crudo día, recostado sobre el banco de la cocina. Tenía una piña en la mano a mitad de quemar, que también se negó a seguir.

Manos amigas tañeron diligentes por largo rato la campana más grande, que lanzó a todos los vientos sus potentes y amorosos lamentos.

Había muerto el tío Casto, el «Pedorretas».

*Noviembre 1.989*

## Amores a la tierra

Abundio Tarabillas, “El Cachumbo”, a quien tan bien cuadraban apellido y apodo, a sus tantos años, mantenía su lucidez y formas de vida ante sus convecinos de manera envidiable. Menguado en altura, –por eso le apodaban además “el encogido”– algo patizambo, ya desde muchacho andaba trastabillando. El poeta del pueblo, incordiador y sabelotodo, sentenció de él, que “se mecía en la bruma de su lento quehacer diario”.

Poco le importaba a Abundio, aunque alguna vez le molestó saber, siempre por terceras bocas, los retratos que de él hacían; decía que eran envidias, cochinas lenguas, él era feliz y así pensaba seguir.

Llegaron años de cobardías, mezquindades, traiciones a lo esencialmente propio; de miedos a los entornos, de huídas y abandonos. Y dijeron esos mismos miedosos, esos audaces desagradecidos, los desertores, al ver que Abundio seguía meciéndose en su quehacer diario.

—Imposible que este hombre que tan buena pareja hace con su burro, sea capaz de abandonar la tierra, aquí se quedará.

Y llegó un buen día, y cuando nadie lo esperaba, que Abundio se decidió a cambiar de aires, se fue.

\* \* \*

Abundio se quedó sin padre a temprana edad, tuvo que coger las riendas de la casa, antes que el pequeño patrimonio se viniese abajo.

A su hermano mayor apenas lo llegó a conocer; terminada la guerra se marchó por ahí, y ya nada más se volvió a saber de él. Pero este hermano fue la antítesis de Abundio, una miaja mundano y un tanto holgazán. Eran la cigarra y la hormiga, él tan amigo de holganza y de la cháchara, Abundio llevando grano a grano para el día de mañana. Y si es por amor al terruño, no lo podía remediar, siempre entre terrones, arañando en sus magros bancales, garrapitales de secano y unos huertecillos que, eso sí, mantenía limpios de las malas hierbas, como jardines.



*Dibujo de Teodoro Gascón. 1926*

Amor a la tierra, a sus cosas, a todo lo suyo, encantadora simbiosis llevada a la perfección.

Y ojos y oídos, más de una vez, le sorprendieron en sus soliloquios dando patadas a la estéril tierra, o dedicando cálidos piropos a las espigas ya granadas. Y alguien, malas lenguas serían, dicen que le oyeron decirle al burro:

—Mira, querido amigo, no puede ser, los dos andamos cansados y jorobadillos y más tendríamos que ayudarnos. Vamos los dos pa viejos, y a mí se me están acabando las ganas. Así que, cualquier día, tendremos que separarnos. Guardaré los arreos en el zaguán, en la cuadra y junto al pesebre, por si acaso, y seguiremos cada uno el camino que Dios nos marque; ¡cagüen...!

Pasó poco tiempo de todo esto. Abundio vendió su burro por cuatro perras, a un gitano conocido que pasó por allí. Se despidió del pobre burro con un fuerte abrazo al cuello y dándole un beso en el morro, a la vez que se limpiaba con el envés de la mano un grueso lagrimón que se le salió; y el burro le respondió con un lastimero y entrecortado rebuzno. Y se fundieron ambos en un común sollozo.

A Abundio le vino a la mente en ese momento, aquel abrazo que le dio su padre cuando se lo llevaron a la guerra y ya no volvió. Cuando le dejó solo en este mundo su pobre madre, que aunque siempre valió muy poco, le servía de compañía y consuelo.

Era el fin de una familia, y amo y burro, que tanto se habían querido, que tan bien se habían entendido, así lo vieron.

\* \* \*

Abundio se fue a no se sabe bien donde, ni con quien, ni a qué; pero ojos incrédulos vieron como el nuevo aire le sentó muy bien, dando algo de lustre a su sufrida pelleja, y una miaja de majestuosidad a sus andares.

En los hablares ganó Abundio algo de locuacidad, y ahora se le nota cierto desparpajo y brillo. Y ya no dice “se me están acabando las ganas”, ahora dice, “me están llegando las ganas”. Y se le pegó también lustre en el vestir, y se pintó de negro las canas, y dejó que aquella pelusilla se convirtiera en un bigote.

Se le nota a Abundio el amor que aún le tiene al pueblo. Mira, todo lo toca, como si quisiera conocerlo mejor. Pasea serio, pero alegre, por los campos, y piensa mucho en aquellos tiempos. Mira los viejos aperos, que no hace tanto tiempo dejó tirados; las herramientas de mangos lustrados por sus manos callosas, las mismas que ahora han ganado en lustre y vitalidad.

Se pasa Abundio largos ratos quieto y pensativo, en emotivo silencio. Contempla todas aquellas ruinas en que se están convirtiendo sus

pequeñas posesiones, sus objetos más queridos, todo aquello que, no hace mucho, tantas alegrías y penas le dieron, y aquellos andrajos, que cuando tenga un rato libre y ganas, se decidirá a quemar.

Y a Abundio, quién lo iba a decir, le llega aquí en el pueblo, cierto aire de romántico. Y ahora, cuando ya camina al ocaso y al abandono, aprieta los labios y piensa; se recoge en sí y para sí, y como un beso lapidario, caluroso, se atreve a recitar, como una oración, el poema que durante tanto tiempo ha llevado dentro:

*“Mi existencia transcurre entre las nostalgias del ayer, cuando a pesar de todo llegué a rozar la felicidad, y las realidades del hoy. Desnudos cuerpos y almas de los puros sentimientos, los bellos momentos, aquellos de tocar tus menguados frutos que te daba la tierra, amorosamente trabajada, que viste crecer día a día, desde que pusiste el grano a germinar y le ayudaste a romper el cascarón y salir a la vida.”*

*Enero 2.003*

## Bezas. Pajares.



*Pajares y maquinaria agrícola.* Foto: J. Sánchez, 1996





